

Modernidad vs. Postmodernidad.

Autoras: Lic. Annoris Pérez Vázquez.

Lic. María Felicia Ibáñez Matienzo.

“Mi propuesta principal cuestiona el propio criterio de validez y credibilidad que encierra un proyecto, un discurso moderno, se han fracturado y deslegitimizado, por lo que no es posible seguir creyendo en ellos.”

(J. F. Lyotard)

“Mi argumento es que el proyecto moderno (de realización de la universalidad) no ha sido abandonado ni olvidado, sino destruido, liquidado.” (J. F. Lyotard).

El devenir del mundo contemporáneo se ha caracterizado por las múltiples y complejas transformaciones que han dejado sus huellas en las diferentes esferas de la realidad. Desde sus inicios, el sistema capitalista ha sido escenario, a la vez que gestor, de diversas crisis que han hallado su expresión en la proliferación de ideas y estilos de pensamiento disímiles. Uno de los que con mayor fuerza ha centrado la atención de los teóricos es el denominado “postmodernismo”.

El postmodernismo, como línea de pensamiento, aparece en el mundo occidental en las décadas de los 70-80 y el mismo es resultado, entre otras cosas, de las profundas contradicciones que se evidencian entre las actuales condiciones sociales y estructurales que presentan las sociedades capitalistas desarrolladas y aquellas que históricamente le dieron origen.

La época moderna abarca los complejos niveles y cambios científico-técnicos, culturales, políticos e ideológicos que integran el proceso de formación del capitalismo sustentados en un ideal en el cual se exaltan la razón, el progreso y la emancipación del hombre sobre la base de una ética estrictamente racionalista y de corte historicista-universalista. En ella se propugnó el optimismo, la confianza y el progreso.

Entre los grandes discursos de la Modernidad Ilustrada se encuentran: la humanización del programa de la razón y la libertad ante la ignorancia y el no saber de la Ilustración francesa; el discurso especulativo hegeliano de realización de la idea universal y la dialéctica de lo concreto. La teoría marxista sobre la necesidad de socializar el trabajo como premisa para la emancipación de la explotación y de la alienación; y la concepción de la emancipación de la pobreza a través del desarrollo técnico-industrial del Liberalismo.

Esta apelación a la razón promulgada por la modernidad significó Desarrollar las fuerzas productivas a través del desarrollo de la ciencia y la

tecnología; defender los elementos de la cultura capitalista occidental; lograr una secularización del Estado; un desarrollo del conocimiento con carácter laico; y una definición del papel de la razón en la conformación de la historia, lo cual implica: que la razón dirige la historia, que las épocas se suceden unas a otras por un concepto lineal de tiempo (por lo que es posible proyectar el futuro), que las sociedades deben cambiarse con proyectos racionales (papel de las ideologías), y que se asocie la racionalidad con la cultura occidental considerándose que las otras son irracionales (racionalidad espacial).

Sin embargo, esta exaltación de la razón, el progreso y la emancipación del hombre han significado aceptar el proceso de industrialización del capitalismo occidental como paradigma y de la burocracia como sujeto necesario de este proceso. De esta forma el problema de la racionalidad capitalista nos refleja una concepción del progreso, casi mística y las consignas de "Igualdad, Libertad y Fraternidad" que enarbolan las fuerzas progresistas burguesas fueron poco a poco perdiendo el verdadero sentido y contenido de esos términos.

Esta idea la argumentan las distintas transformaciones que han tenido lugar y que se han hecho sentir en todas las esferas de la vida social. Los mecanismos de racionalización capitalista mediante el proceso de tecnologización y el auge de las tecnologías a escala global, han transformado a las sociedades contemporáneas.

La revolución tecnológica de las últimas décadas (el electrón, la biotecnología, la informática, etc.) ha traído como consecuencia fenómenos que implican cambios del eje de acumulación mundial. Esta emergencia en los paradigmas tecnológicos hace que los mismos se desplacen hacia nuevas zonas o esferas de vanguardia dándose con más fuerza la intensidad del conocimiento que la intensidad del capital productivo, e incluso del financiero.

La robotización creciente del trabajo productivo y de servicios crea la disminución del valor y de la necesidad del trabajo humano por la unidad del producto. Esto trae consigo una pérdida de la capacidad creadora del trabajo frente al capital, y dentro del propio trabajo, el manual pierde valor frente al intelectual. Por otro lado, los nuevos métodos de gestión global producto del desarrollo de las telecomunicaciones, de la informática y del transporte han permitido crear un área de acumulación que ha sido clasificada como la acumulación flexible.

Esta desmaterialización de la producción permite lograr la misma unidad productiva con menos materias primas, lo cual conlleva a la reducción estructural del valor de las materias y al detrimento estructural del intercambio norte-sur, países con tecnología y países sin tecnología. Se incrementan así la asimetría y las barreras entre los competidores más débiles y con menor capacidad de conocimiento científico-tecnológico, provocando el rendimiento decreciente de los países del sur y el creciente de los países del norte, el predominio de una pobreza creciente, la globalización de un mercado económico y cultural interdependiente y la aceleración de los procesos de concentración y centralización de los centros de poder.

Estos cambios operados en las estructuras organizativas de la producción, unidos a los fracasos de los diferentes movimientos políticos europeos, provocó una crisis en los proyectos y paradigmas que colocó al hombre de las sociedades capitalistas más desarrolladas en una encrucijada en la cual se pone en duda la razón instrumental promulgada por la modernidad.

Todo lo anterior se manifiesta en la necesidad de las fuerzas dominantes de una filosofía y una ideología que respalden sus intereses económicos, políticos y socioculturales ya que la modernidad ha sido incapaz de resolver los problemas del hombre pues se ha obtenido una nueva era bajo la poderosa influencia de la revolución tecnológica. En el plano teórico se refleja en las agudas discusiones que se han convertido en su centro de atención girando en torno a los cuestionamientos de si los presupuestos teóricos de la modernidad son válidos o no para analizar la realidad, y de si estamos o no en presencia de una nueva época. Surge así el postmodernismo como negación de todo lo anterior planteando la necesidad de rescatar y retomar la verdadera razón.

Históricamente está condicionado por un agotamiento del horizonte, un relajamiento, cambio de sensibilidad y crisis del modelo de la razón histórica como la conciencia cultural predominante de nuestros tiempos; la decadencia de la confianza en los últimos siglos, especialmente hacia el progreso en general de la humanidad; la crisis de los ideales de emancipación emanados de la cultura moderna; y el desarrollo de la tecnología en función de la ciencia capitalista a escala global de la sociedad, lo que ha incidido en el saber humano y afectado la naturaleza simulándose bajo el ropaje del progreso social y humano (toda su esencia se presentó como el vehículo idóneo del sistema moderno triunfante, lo verdadero, lo riguroso, lo exacto y encontró su validación a la idea del progreso ininterrumpido e ilimitado).

De esta forma la postmodernidad se presenta como una conciencia, espíritu del saber, estado de ánimo, ambiente de una época que polemiza con el pasado y disloca sus códigos cosmovisivos. Es una crítica y una negación de la modernidad realizada de manera unilateral.

El postmodernismo implica el rechazo, la negación, el abandono de todo proyecto. El hombre no es ya el sujeto del cambio social debido a su incapacidad de poner en práctica un proyecto que solucione los problemas de su existencia, no es el creador de sus circunstancias. El análisis de las características y de los discursos postmodernos ante los acuciantes problemas que afectan la existencia humana, constituyen una barrera que implica que el hombre deje de ser el sujeto dinámico y transformador de la realidad, convirtiéndose en un ente pasivo, conformista, pesimista, carente de fe y valores, todo lo cual contribuye a su degradación moral humana de forma general, y por ende, a la desnaturalización de su esencia.

Este "quietismo" del hombre lo imposibilita de poder cambiar sus condiciones de vida, de proyectar el futuro. En oposición al marxismo, el postmodernismo no ve en el desarrollo de las fuerzas productivas la posibilidad de cambiar las relaciones sociales de producción existentes. De esta forma queda abolido el concepto de revolución social y, por tanto, la

posibilidad de transformar la actual sociedad capitalista y crear una nueva sociedad cualitativamente superior que propicie, entre otras cosas, el proceso de desenajenación del individuo.

En este sentido se pierde la confianza en el progreso social en general, y en particular aquel que se sustenta en el desarrollo de la ciencia y la tecnología. En la actualidad ha aumentado considerablemente (sobre todo en los países europeos) la desconfianza hacia la ciencia y la tecnología, y hacia la incidencia que las mismas pueden tener en la vida del hombre debido, fundamentalmente, a los efectos nefastos que han traído consigo en los últimos años.

El postmodernismo se muestra como una filosofía de la historia que proclama precisamente el fin de la historia y de la filosofía. El presente se absolutiza y el futuro desaparece llegando a incluso a ser impensado en las nuevas condiciones por lo que la linealidad y la racionalidad de la historia moderna se convierten en inoperantes, junto con la idea de progreso. La historia deja de ser vista como un proceso unitario y se difumina en múltiples relatos narrados por cada individuo a partir de su propia vivencia y con igual grado de validez.

El ataque a la universalidad se convierte en proclamación de la diferencia y de la tolerancia como única vía de mantener la armonía. El conocimiento no es ya el resultado de una apropiación social que hace el hombre del mundo a través de su interacción con él, sino que es sustituido por conocimientos o saberes individuales igualmente válidos. De esta forma la ciencia desaparece como metarrelato, como conjunto de conocimientos objetivos sobre el mundo. La verdad deja de tener un carácter social en virtud de la apropiación individual del mundo.

En igual medida se concibe el fin de las clases sociales y de la ideología como metarrelatos o construcciones fuertes, apelando también a la universalización de la diferencia y de la tolerancia como elementos necesarios para mantener la comunicación. En la nueva sociedad del conocimiento, dominada por los mass media, todos los individuos se encuentran en igualdad de condiciones, por lo que hace posible abolir las clases sociales y la ideología como instrumento de dominación y defensa de los intereses de una clase sobre otra. Esto coloca a los defensores de esta teoría en una “cómoda posición de descompromiso, con proyecto o ideología alguna” (Cano, Lidia, 2000:264) que no es otra cosas en realidad que una defensa de los intereses de la clase dominante dentro de las actuales sociedades capitalistas desarrolladas.

El postmodernismo, en su intento por romper todos los universales enarbolados por la modernidad, termina por convertirse él mismo en una universalización que absolutiza las diferencias haciendo así imposible pensar en la historia y el progreso social tal y como fueron concebidos anteriormente.

Por otra parte, su crítica al marxismo lo lleva a rechazar la concepción materialista de la historia que busca las condicionantes de los diferentes modos de interpretación de la realidad, de la historia y de la propia existencia humana en factores objetivos y concretos. De esta forma el postmodernismo no sólo puede enarbolar su teoría sobre “el fin de la

historia” sino que también, sobre “el fin de la filosofía”. La visión pasiva y fatalista del hombre como simple sujeto que se interconecta con sus semejantes la hace buscar la respuesta a los problemas ontológicos no en la filosofía sino en el arte.

Se crea así una interdisciplinariedad entre filosofía y arte –y más específicamente con la literatura- en la cual la filosofía deja de ser la ciencia que estudia las leyes más generales del desarrollo de la naturaleza, la sociedad y el pensamiento, para dedicarse al estudio de la interpretación y los significados del lenguaje. Esto permite construir la realidad no desde el análisis de las condiciones concretas, sino desde el arte, desde lo simbólico, lo cual posibilita la ya referida postura de descompromiso político sobre la base de la también ya mencionada imposibilidad de transformar las relaciones existentes en el plano económico.

Otro rasgo de la postmodernidad es la crisis de valores. En una sociedad donde se exaltan la diferencia y el individualismo, se produce una renuncia a un mundo de valores absolutos pues los individuos no se supeditan a los ideales normativos sociales sino que la norma es marcada por la individualidad. En la misma medida podemos hablar de una pluralidad o crisis de paradigmas.

Por último, y teniendo en cuenta todo lo antes planteado, se puede establecer una estrecha relación entre la postmodernidad y la reconstrucción de identidades. En el plano individual dicha relación se manifiesta en la conformación de un individuo descontextualizado, alejado y descomprometido con su tiempo y con la sociedad en que vive. A nivel social se evidencia en la creciente interdependencia cultural que propicia un mercado cada vez más dominados por las grandes transnacionales, en la eliminación de los límites y fronteras nacionales (tanto las geográficas como las nacionales) en función de un mundo cada vez más hegemónico y polarizado donde la globalización, la transculturación y el imperialismo cultural –junto con el desarrollo inusitado del transporte, las comunicaciones y la informática- contribuyen a reforzar las simetrías que le dieron origen.

Resumiendo, podemos concluir que si la modernidad se caracterizó por un entrecruzamiento entre razón, progreso, historia y humanismo (entendiendo este como la lucha por la emancipación del hombre), la postmodernidad, por lo que hemos analizado, conduce a que el hombre como ente activo y dinámico de la sociedad pierda su vitalidad y desnaturalice su esencia, es decir, que el postmodernismo llama a la inacción, al quietismo, al estaticismo, estimula el individualismo, el egoísmo, el cambio de paradigmas y la pérdida de valores.

Sin embargo, no podemos decir que las características de la postmodernidad, así como los postulados que promulga, sean aplicables a las tres cuartas partes de la población del mundo, sino únicamente a las sociedades de los países capitalistas altamente desarrollados. Por eso, aunque desde estos centros –entiéndase países europeos y de América del Norte- se intente hacer ver como homogéneas y universales dichas características y condiciones históricas, los países de América Central y del Sur, de África y de Asia, se encuentran aún muy lejos de esta realidad, a

pesar de que sufren sus efectos como consecuencia de su inserción en el contexto mundial. La sociedad mundial se encuentra hoy ante nuevas condiciones y nuevas características pero aún no son lo suficientemente homogéneas y universales como para considerarlas características de toda la humanidad. De ahí que ante la pregunta de si se puede hablar de una nueva época social atendiendo a los cambios que han ocurrido, nuestra respuesta sea NO.

Ante la pregunta ¿Qué esconde el término postmodernidad? Armando Hart responde: “La dispersión mental que merodea a ciertos círculos de las sociedades altamente desarrolladas del mundo contemporáneo y en especial a su desenfrenada y superficial publicidad,”...

Bibliografía.

1. Cano, Lidia (2000): "El Postmodernismo: Temas y Tesis fundamentales." En: Filosofía y Sociedad, Colectivo de Autores, Edit. Félix Varela. Pp 249-257.
2. _____: "Presupuestos metodológicos para el análisis del postmodernismo." Idem. Pp. 258-267.
3. Fuentes, Juan Francisco (2000): "Mitos y realidades de la razón: modernidad y postmodernismo." Idem. Pp. 268-283.
4. Lanz, Rigoberto (1993): El discurso postmoderno: crítica de la razón escéptica. Universidad Central de Venezuela, Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico. Caracas.
5. Ravelo Cabrera, Paul (1996): El debate de lo Moderno-Postmoderno. Edit. Ciencias Sociales, La Habana.